



voz dulce, aunque para ello no tuvieran que sufrir la disminución de los *soprani* vaticanistas. Hoy mismo, a pesar de la transigencia y los cambios que en materia de arte, como en las demás, han traído los nuevos tiempos, una Sada Yacco es ave rara en el Japón y desde luego ocupa lugar muy secundario en la estimación del público japonés, que, fiel a la tradición, no vacila en preferir a sus grandes actores-actrices, quienes, a juicio de los entendidos, llevan a aquélla la ventaja de no necesitar la realidad del sexo para sugerir todos sus encantos a la imaginación del espectador, que, sabiendo no es una mujer, y por tanto sin el estímulo profano de la sensualidad, puede saborear más pura e imaginativamente la sensación de arte recibida. ¡Imaginación!: el mágico talismán del Oriente; y quien no alcance a comprender el imperio de su sortilegio no comprenderá tampoco ni el alma oriental, ni su poesía y su arte, ni este teatro, que fatalmente habrá de parecer rudimentario o pueril a los inimaginativos.

Por otra parte, los actores-actrices no son privativos del Extremo Oriente, y hasta en el Occidente más rudo y puritano han florecido. Tal, por ejemplo, en la Inglaterra del Renacimiento y la Reforma, donde las heroínas shakespearianas, Ofelia, Desdémona, Porcia, Cordelia, Jéssica, Rosalinda, musitaron a través de labios varoniles los más dulces versos de pasión femenil que le haya sido dado oír a los mortales. Quien leyera la sugestiva fantasía wildeana "El Retrato de Mr. W. H." sabe cómo tras el enigma de estas dos iniciales de la famosa dedicatoria de los *Sonetos*, cuya identificación hiciera correr tanta tinta, pudo muy bien esconderse la personalidad misteriosa de un mancebo de su farándula encargado de estas sutiles personificaciones femeninas. Y sabido es que, como supervivencia de esta vieja y noble tradición escénica, todavía en los festivales de las más ilustres Universidades y Colegios británicos, en Eton, como en Oxford y Cambridge, los mozos más espigados y desenvueltos encarnan graciosamente las heroínas de la tragedia clásica o las *vedettes* de la revista de *music-hall* escogida al efecto.

La escena china, sin embargo, no siempre se vió privada del concurso femenino, y época hubo en los tiempos imperiales en que la mujer subió también a las tablas. Nuestros anales nos enseñan que durante el reinado de los emperadores mongoles las mujeres tomaban parte en el teatro y ostentaban el nombre de comediantas; mas, por desgracia, también se dió en designarlas con otro nombre, demasiado poco eufemista para ser transcrito en estas columnas; circunstancia que podría inducir a la sospecha de que acaso sus costumbres íntimas, por lo menos a los ojos del público, no fueron demasiado austeras. El caso es que una curiosa ordenanza dictada por Kublai-Khan (el sabio y magnífico monarca de Marco Polo) el año 1263 coloca

al mismo nivel de estimación oficial la comedianta y la cortesana, asimilando, por así decir, sus profesiones. Es posible que las tablas resultaran un tanto resbaladizas y que por ellas fueran deslizándose paulatinamente las comediantas, con detrimento de la moral y las buenas costumbres; es posible también que las cortesanas acabaran por encontrar nociva la competencia e influyeran por ello en la medida; o bien el emperador en cuestión era particularmente misógino o respetuoso con exceso de los fueros femeninos, que a veces viene a ser lo mismo. Lo cierto es que allá por el siglo xviii apareció un decreto imperial prohibiendo la escena a las mujeres, y desde entonces son los mancebos de voz suave y rostro adamado los que bajo el atavío mujeril fingen las pasiones del otro sexo y dan la réplica a los conceptos amatorios de los galanes.

Con la República, que ha democratizado más o menos la sociedad china, el oficio de actor ha adquirido un poco más de consideración; pero hasta entonces fuerza es reconocer que pocas profesiones la aventajaban en descrédito. Ello se debía, en buena parte, a que el comediante en China es por lo general de baja extracción; es, pues, el vicio original de su nacimiento y no el oficio ejercido lo que hace de él un objeto de desprecio. Exceptuando las pocas compañías estables de las grandes ciudades, los demás faranduleros viven como nómadas y vagan de ciudad en ciudad, a través de la inmensa campiña china, transportando consigo sus accesorios escénicos y representando, siempre que el tiempo lo consiente, al aire libre. El director de la compañía es el amo y señor absoluto de la misma; entre él y sus

Mei Lang Fang en su creación del baile del arco iris.

Mei Lang Fang en una caracterización de mujer china de la última dinastía manchú. (1644.)

Vestido de la dinastía Tang. (A. D. 618.)

«Pa yue Pan», o sea «El día 15 de la luna octava», famosa ópera interpretada por Mei Lang Fang.



actores hay vínculos singulares, cuya naturaleza no es fácil definir con exactitud; y, sean pactos secretos, compromisos jurados o simples contratos de trabajo, el caso es que las contratas suelen ser duraderas y que sólo de tarde en tarde se ven disensiones o procesos entre actores y directores. Estos son una especie de reyezuelos o dictadores, y aquéllos desempeñan el papel de súbditos, por lo general sumisos. Cada compañía es como una tribu, sometida a la autoridad incontestable del jefe. A veces, éste es un hombre de clase superior, descalificado y lanzado a la aventura por el azar; o un excéntrico que, víctima de un infortunio o tropiezo social, más o menos merecido, intenta vengarse deshonorando su nombre. ¿No hay en todas partes locos de todas las especies?

A veces, también, es un comediante de vocación que ama su oficio. Pues, si no fuese por el desprecio público, esta vida en plena libertad, fuera de todas las restricciones sociales, sería una de las más placenteras que pudieran imaginarse. Todo el mundo les desprecia socialmente, es cierto; pero, en cambio, su arte agrada y cautiva a todo el mundo, y esto ya es algo. ¡Quién sabe si entre ellos no se encuentran algunos lo bastante filósofos para permanecer indiferentes al desdén de los hombres y lo bastante independientes de espíritu para pagarles en la misma moneda! Algunos, por otra parte, consiguen ir ahorrando y acaban por amasar una fortunita, y su dinero, entonces, les gana la consideración que no fué bastante a proporcionarles su arte.

Mei Lang Fang ha sido uno de éstos; rico y glorioso, seguramente que ningún actor tuvo nunca en China una posición social comparable a la suya. Artista culto y refinado, la mejor sociedad del país, lo mismo que la cosmopolita, le reciben y agasajan. El, a su vez, recibe espléndidamente en su suntuoso palacio de Peiping, modelo de riqueza y de buen gusto. Experto *connoisseur*, Mei Lang Fang posee magníficas colecciones de arte, los más exquisitos bronce y porcelanas, pinturas y tallas antiguas, cerámicas, jades y marfiles, y toda suerte de bibelots preciosos. Su esposa, la famosa actriz Ching Sao Mei (su segunda mujer, pues la primera murió, dejándole cuatro hijos), le ayuda a hacer exquisitamente los honores de la casa.

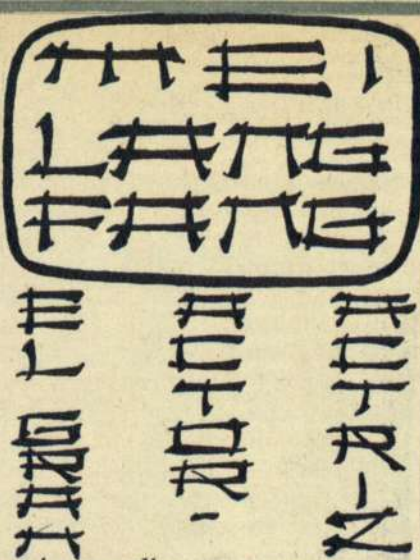
Pero véamosle ahora en su camerino del teatro, preparándose para la función. Varios servidores, atareados y sigilosos, atentos al menor gesto de su dueño, se ocupan de las diversas prendas que componen el atuendo femenino del famoso actor, y mientras éstos peinan las pelucas, trenzas y postizos, aquellos otros preparan las ricas vestiduras y aderezos, y los de más allá trucan el calzado que habrá de simular los diminutos piecitos, atados desde la infancia, orgullo y tortura de las bellezas chinas.

Mei, vestido aún tan sólo con un fino pyjama de seda blanca, se halla sentado ante el tocador, cubierto de los más variados objetos de *toilette* y de afeites, y cosméticos de todas clases. Mei se maquilla por sí mismo y no consiente que nadie intervenga en su caracterización. Con un arte exquisito, ya preparado el rostro con los ungüentos que lo dejan de una transparencia nacarina, Mei va enarcando con el pincel la curva armoniosa de las cejas, tan esencial en la expresión del rostro; luego, el rimmel alargará lánguidamente las pestañas, y el khol, ensombreciendo los párpados, acabará de prestar a la mirada su dulce misterio. El lápiz rojo, en seguida, empurpura el fruncido corazoncito de los labios y aviva con un toque casi imperceptible las fosas nasales. Otro toque de rosa en los pómulos, el barniz de laca en las uñas, y henos enfrente de la más deliciosa belleza femenina que pudiera soñar mandarín alguno. ¿Quién, realmente, viéndole sobre la escena, podría pensar que se encontraba delante de un ejemplar del sexo fuerte? Y el espectador, en pleno reino de la fantasía desde que transpusiera el umbral del teatro, olvidada, por obra y gracia de la imaginación, la realidad humana y se abandona, como cumple, a la fascinación del simulacro.

Colgando de perchas, o colocados sobre maniqués, los trajes de escena de Mei Lang Fang, característicos de ciertas épocas o dinastías, que son las generalmente representadas en la literatura dramática china, ponen su deslumbrante policromía sobre las paredes del camerino. Los más coruscantes, estos de largos pliegues flotantes, mangas larguísimas cubiertas de bordados y ricos ceñidores de oro y jade, son de la dinastía T'ang, siglo VII. A ellos corresponde también el tocado más pintoresco y gracioso, con sus flores de perlas y corales, sus ogantes de abalorios, las menudas orejas pintadas al descubierto, el moño hueco y muy alto, y el largo cabello suelto tendiendo sus ondas de azabache sobre la espalda.

A su lado, este otro traje de la dinastía Ming (fines del siglo XVI), a pesar de sus ricos bordados y sus colores vivos, resulta casi pobre y austero. El gorrito, de perlas y aljófar, es de línea más simple, y las dos trenzas negras penden modestamente a los lados. El cuello es alto y rígido, como para llevar la barbilla muy alta y no poder casi, sin bizquear, mirar hacia tierra; las mangas son más cortas, el halda menos amplia, menos flotante; y el ceñidor no lleva ya oro ni jade. ¡Qué lejos todavía, sin embargo, de la escueta simplicidad de hoy día! Ricos y brillantes atavíos de antaño, delicia de la mujer, encanto de los ojos, ¿por que se empeñará la moda moderna, de la que ni aun China se ha eximido, en suprimir vuestra exquisita complejidad y hacer nuestra indumentaria cada día más mate, más gris y más triste?

Capa bordada de la dinastía Ming. (A. D. 1590.)
El gran actor Mei Lang Fang.



...Una figurita humana hizo entonces su aparición.

Mei Lang Fang caracterizando una mujer china antes de la última dinastía manchú. (A. D. 1644.)



Las óperas, o más bien dramas líricos chinos, representan, por lo general, episodios salientes de la historia, la leyenda o la mitología nacional, y con ellos puede decirse que desde el primer momento se entra en el reino de lo maravilloso. El amor, como es natural, constituye uno de los elementos de estas fantasmagorías, pero la tradición y el buen gusto imponen que no se aluda a él sino indirecta y metafóricamente. El poeta se limita a sugerirlo con sutiles alusiones, que en vano intentaría el extranjero penetrar.

Así, por ejemplo, la palabra china que significa «amor», «placer», es expresado en la escritura por un ideograma compuesto de dos radicales que, separadamente, significan: el uno, *viento*; y el otro, *luna*. Las razones que llevaron a adoptar esta expresión compuesta son tantas y tan complejas que se necesitaría un volumen entero para exponerlas (y aun no es seguro que bastase un volumen). Pero veamos, cuando menos, un ejemplo de este sistema de alusiones y sugerencias. Cojamos, por ejemplo, el famoso poema titulado «*Hoa tsien*», «El Arte de amar».

Para indicarnos que se va a tratar del amor, el poeta emplea la palabra *viento* en el segundo verso:

«El viento de otoño hacía fluctuar ante él el aroma del loto blanco», y cuando en el tercer verso se menciona a la *luna*, diciendo:

«Se distingue la luna en creciente, con su luz como el reflejo del agua», inmediatamente comprende el lector avisado, por la correspondiente asociación de ideas, que se va a tratar del amor.

Por otra parte, ya los más sagaces lo habrían sospechado por la simple lectura del primer verso, en que se habla de la *brisa*, sucedánea menor del viento:

«De pie, apoyado en la balaustrada, se goza la brisa del anochecer»...

¡Qué queréis!, el idioma chino y la poesía china están llenos de sutilezas, de matices inefables, de imágenes y metáforas, de imponderables en suma, asequibles tan sólo a los espíritus cultos y refinados. ¡No es culpa mía si mis compatriotas son tan inteligentes y agudos!

«*Tien Ni San Hoa*» es un poema dramático, única ópera china con bailable, creación coreográfica del propio Mei Lang



Mei Lang Fang, hombre de Oriente, lanzó la moda. Schiaparelli, hombre de Occidente, la ha adaptado al gusto europeo. (Túnica china moderna.)

Fang y, sin duda, uno de los mayores éxitos de su repertorio.

«*Tien Ni San Hoa*» quiere decir: «La doncellita del cielo esparce flores sobre la tierra». Como es bien sabido, en dirección Este se encuentran las Hijas del Cielo (aquellas que los indios llaman Apsaras), encargadas de esparcir al viento las flores de la Reencarnación. Estas flores van flotando en el aire, bajando de cielo en cielo, y cuando, por azar, tropiezan con un Bodhitsuva, caen hasta la tierra y dan nacimiento a un ser humano en su existencia última. Pero los Grandes Discípulos las recogen al pasar, porque su tiempo de prueba ha terminado. (La cosa, como puede verse, es de una claridad meridiana.)

Ahora bien, un bonzo tuvo un día la ocurrencia de recortar un redondel de papel de plata del tamaño de un espejo y lo pegó en la pared, donde inmediatamente hubo de convertirse en una luna resplandeciente. Luego, el bonzo tomó un palillo de comer de encima de la mesa y lo lanzó hábilmente contra la luna artificial. Y el palillo se convirtió en una figurita humana, que bajó de la luna hacia la tierra, donde adquirió en seguida las proporciones naturales de una doncellita esbelta y deliciosa.

Esparcidos los cabellos sobre los hombros, al igual de las doncellitas de la tierra, Tien Ni sostiene las flores con la punta de sus dedos y sonríe imperceptiblemente; sus labios, rojos como las cerezas, se entreabren como si fuera a hablar; sus ojos de almendra, dulcemente entornados, dejan pasar una mirada lánguidamente ardorosa.

Y he aquí que comienza a bailar una danza desconocida en la tierra y que se llama la danza del Arco Iris; y, mientras baila, canta:

«¡Inmortales! ¡Inmortales! ¡Llebadme, escondedme, sacadme de mi soledad glacial»... Pero la exposición—la exposición tan sólo—, pues la exégesis requeriría también un libro entero, lo de «La doncellita del cielo que esparce flores sobre la tierra» nos llevaría mucho más lejos de lo que consiente este artículo; y mi propósito, por otra parte, era únicamente el presentaros a mi insigne compatriota Mei Lang Fang, el más grande actor-actriz de China y uno de los mortales más felices y triunfantes, lo mismo en su arte escénico que en el arte aun más difícil del vivir.

MARCELA DE JUAN

